

DON CARLOS ARIAS NAVARRO

La protesta de Caperucita



COLORIN colorado, este cuento se ha acabado. Que aquí en el bosque hemos decidido no hacer más cuentos del lobo, porque el lobo que a nosotros nos gustaba era un lobo consistorial que había antes, o sea municipal, don Carlos Arias Navarro, un corregidor de antiguamente, un señor que puso Madrid hecho una tacita de plata, pero sin chanquetes, hasta que le dió por la política y nunca más se supo.

Todavía preguntan algunos pastores que van de majada, cuando me los cruzo en la vía pecuaria:

—Caperuza, Caperuza, ¿y qué fue de aquel alcaide con sombrero de tres picos que teníais antiguamente?

—Una pena, cabreros, una pena, que le dio por la política, se envició y allá anda, en la Corte, estragado, que parece que ahora se le oye menos, di-



cen que si se lo habrá tragado un búnker.

Así me ha enseñado a contestar la abuelita, que como es Carlos Luis Alvarez se las sabe todas la tía.

Y se van los pastores a la Extremadura, y se queda la sierra triste y oscura, y viene el cazador y me pregunta la misma cosa:

—Caperuza, Caperuza, ¿qué fuera de aquel alcaide que tanto hermoheó este bosque?

Pero este cazador es valenciano y premio Alfaguara, o sea que hay que andarle con cuidado lo que se le dice, que lo saca en los papeles a la manera

de Manuel Vicent, o sea mediante el costumbrismo salvaje, así que yo se lo suavizo:

—Pobriño alcalde aquel, que sin hacer mal a nadie le metieron a mandar y nunca más se supo, pero qué alcalde en Madrid, qué entero con el bastón, qué recio con la montura, que a mí sin ir más lejos me sacó la niña tres millones.

Mucho nos recordamos de aquel lobo aquí y ahora, que en mal día le diera por el mando. Si se lo habrá tragado un búnker o estará triste en su despacho. Dicen que no habla ni a los ujieres. Y que siempre está haciendo crucigramas y crisis. Buen alcalde sí que era. ■ U.

La regañina de la abuelita

VIENESEME el furtivo a consolarme las últimas horas, todo el entenebrecido, y yo le digo, furtivo, hijo, que aquí no darás a la caza alcance, que la liebre búscala en el cantón y la puta en el mesón, y él me dice, madre, que es merced servirla en la agonía pedregrosa, y así yo le contesto que en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño, y que avise a la Caperuza cuando venga de la Autónoma para que me recite las postrimerías, que yo ya me voy al carajo, el bosque, el país, todo. No se muera, ancianica, gritaba el rojo desde el armario haciendo pucheros, que ahora estamos coordinados, y yo le digo quita allá lo-

cuelo que corre la vaquilla mientras dura la soguilla, pero no más, y que otra cosa distinta habría de ser si don Carlos Arias fuese corregidor, pero ni el corregidor es don Carlos, ni don Carlos es don Carlos, que todo anda trasmutado, que esto es puro desgüace, descomposición, desconcierto, desengaño, desdén y desde que te vi con la pata de palo y el jarabe de palo empecé a echar de menos los pregones de San Isidro y hasta la grúa altanera, que le han comido la merienda al que fuera munifico municipe y comunero comunal, qué tiempos Padilla, Bravo y Maldonado, qué tiempos. Y vieneseme el lobo y rué-

game que no se me muera doña, que podemos hacer platajunta, pero yo le digo quita de ahí depredador, fiera incorrupta, que la nación va descabezada a las fauces del búnker negras como



boca de lobo, perdona, lobo, hijo, no te amohines, lerdo, que bien te quiero, es refrán castellano, Jesús, Jesús, qué de fatigas y trabajos, que el búnker no deja ver la patria, don Carlos no deja ver a don Carlos y los árboles no dejan ver el bosque y esta gota de vida que tengo no deja ver la grande muerte que me dan. Encárgote lobo que digas a mi nieta que tiña de azul la caperuza y que le añada corraje que en los nidos de hogaño siguen los pájaros de antaño avizor y centinela alerta. Y daca el pergamino para que eche firma ológrafa, y que el rojo sea mi albacea y que me pongan mortaja de madroño. ■ L.